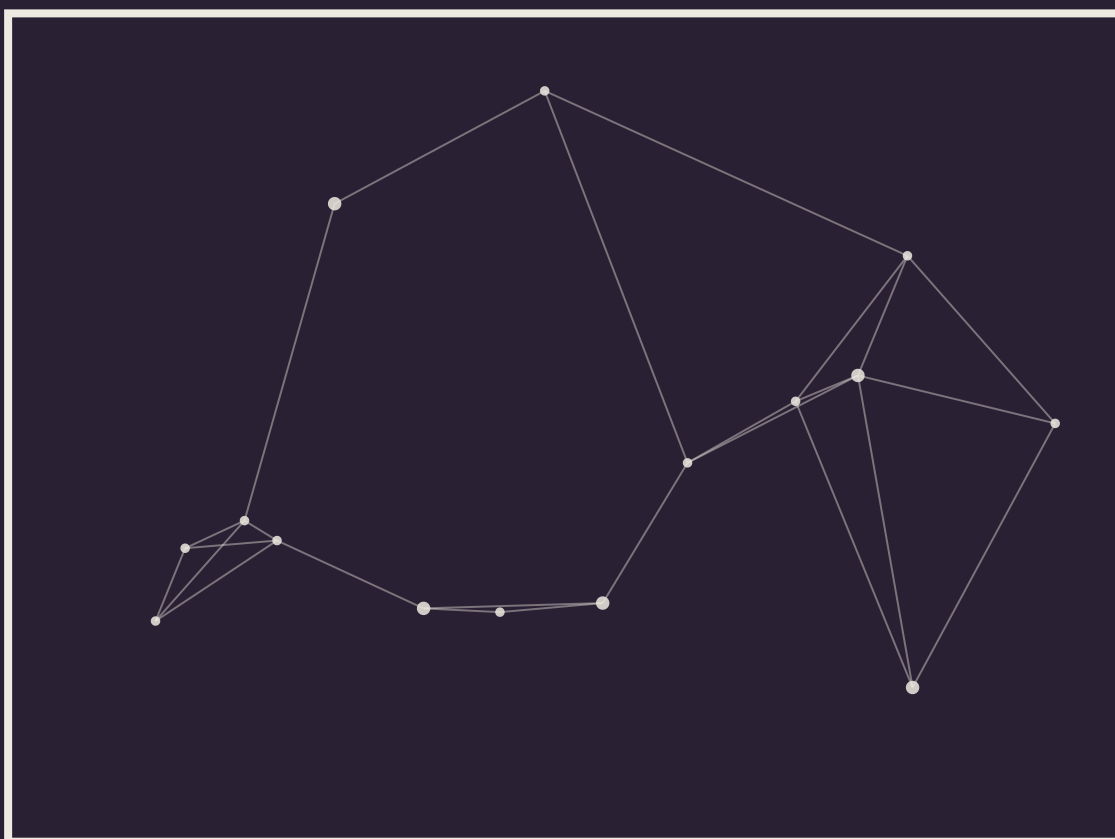


DEL PUNTO DE VISTA DE LA ORGANIZACIÓN

Bogdanov y la izquierda agustiniana

RODRIGO NUNES



■ ARQUEOLOGÍAS DEL PORVENIR · TR. 17

DEL PUNTO DE VISTA DE LA ORGANIZACIÓN

Bogdanov y la izquierda agustiniana

RODRIGO NUNES

Traducción al cuidado de Sofía Benencio

COLECCIÓN DE TRADUCCIONES · ARQUEOLOGIASDELPORVENIR.COM.AR

Para Dri

“Progreso y entropía”, el primer capítulo de *Cibernética y sociedad: el uso humano de los seres humanos* de Norbert Wiener, es también un pequeño tratado de demonología. Después de comenzar, como podría esperarse, con el demonio célebre de Maxwell, el texto se orienta hacia la comparación de dos versiones del diablo, que Wiener define como maniqueísta y agustiniana. En la primera, propuesta por la herejía que San Agustín primero había abrazado y después se había dedicado a combatir, el diablo sería una fuerza activa opuesta al orden, un adversario infinitamente creativo y capaz de cualquier artimaña en su propósito de desorganizar la creación. En la segunda, que el Padre de la Iglesia defendería después de romper con los maniqueos, el demonio no sería lo contrario del orden, sino su ausencia, y “no un poder en sí mismo, sino una medida de nuestra debilidad”,² “la resistencia pasiva de la naturaleza y no la resistencia activa de un oponente”.³ El nombre científico de esa resistencia es *entropía*; y la convicción de Wiener de que la segunda de las dos versiones sería la correcta se sigue de la idea de que “[e]stamos inmersos en una vida en que el universo como un todo obedece a la segunda ley de la termodinámica: la confusión crece y el orden disminuye”.⁴ Ese precepto, se apresura a explicar el matemático, no exige que se abandone toda esperanza de éxito en la lucha contra el enemigo silencioso:

la segunda ley de la termodinámica, aunque sea un enunciado válido sobre la totalidad de un sistema cerrado, ciertamente no es válido en lo que respecta a una parte aislada del mismo. Hay islas locales y temporarias de entropía decreciente en un mundo en que la entropía como un todo tiende a aumentar, y la existencia de esas islas es lo que permite a algunos de nosotros afirmar la existencia del progreso.⁵

Así, si en un sentido último “el progreso mismo y nuestra lucha contra la entropía deben acabar inevitablemente en el declive del que estamos intentando escapar”,⁶ eso no implica la imposibilidad de victorias “locales y temporales”, ni una ausencia de motivos para luchar por ellas. Aleksander Aleksandrovitch Bogdanov, nació un 22 de agosto de 1873 en Sokółka, hoy territorio polaco, y murió en Moscú, 54 años más tarde como un apóstata del marxismo ruso. (Un texto que escribió en la misma época que estos *Ensayos de tektología* tenía el título “Una década de excomunión del marxismo (1904-1914)”, y solo saldría a la luz en 1995, con más de ochenta años de atraso.) Aunque las polémicas teóricas dirigidas contra él hayan sido frecuentemente máscaras para disfrazar disputas por el control de la fracción bolchevique del futuro Partido Comunista Ruso, sería posible decir que el motivo fundamental para que llegase al final de la vida en la condición de paria y hereje fue su tentativa de incorporar a la doctrina de Marx las implicancias de una revolución científica iniciada en el siglo XIX, y que Wiener atribuyó a figuras como James Clerk Maxwell, Josiah Willard Gibbs y Ludwig Boltzmann: la introducción del método estadístico en la física. Esa revolución, según el autor de *Cibernética y sociedad*, hizo que la física dejara de hablar de lo que necesariamente sucederá para ocuparse de aquello que puede acontecer con probabilidad suficiente, y operó el paso del universo rígidamente determinístico de la mecánica newtoniana hacia el universo contingente de la ciencia contemporánea -cuya incompletitud, “casi una irracionalidad en medio del mundo”, se asemeja a la admisión freudiana de “un componente irracional profundo en la conducta y el pensamiento humanos”.⁷ ¿Qué implicaba eso para el marxismo, al cual Bogdanov adheriría en Tula, ciudad a la que fue expulsado a fines de 1894 después de participar de una protesta como estudiante de química en la Universidad de Moscú? Una consecuencia importante toca en un punto central a las pretensiones científicas de la ortodoxia elaborada por seguidores menos informados sobre la ciencia de su tiempo que el mismo Marx, y que, por eso, habían pasado por alto las transformaciones entonces en curso: el determinismo histórico. Cuando la ciencia natural misma abandonaba la necesidad en favor de la contingencia, la científicidad del marxismo ya no podía ser medida por su capacidad de enunciar leyes capaces de establecer el rumbo que la Historia habría de tomar necesariamente. De donde surge otra consecuencia, de orden práctico y político: si no había necesidad histórica absoluta, la revolución y la sociedad sin clases no eran resultados inevitables, lo que le sacaba al marxismo su fuerza profética al mismo tiempo que erigía el problema de la organización de esos resultados a la posición de cuestión fundamental. Por último, en la escala cósmica en la que se desarrollaban los nuevos descubrimientos, se imponía una consecuencia a la expectativa misma de progreso humano que albergaba el proyecto revolucionario. Al final, como descubrieron los marcianos en la ficción científica comunista *Estrella roja*, publicada por Bogdanov en 1908, la lucha entre clases es apenas un fetiche a ser superado en el camino del reconocimiento de la verdadera lucha, aquella de la especie contra la resistencia pasiva (y activa) impuesta por su medio

-una contienda a la que ni siquiera el comunismo sabría poner fin y que, en última instancia, jamás podría ser vencida por completo.

La sospecha que la segunda ley de la termodinámica había introducido en el corazón del siglo de la ciencia y del progreso es que, si existe algún equilibrio final, no es aquel de la plenitud de la realización humana, sino el estado al cual tiende estadísticamente un sistema en el que la desorganización y la indiferencia crecen con el tiempo. “En caso de que sea verdad que el proceso universal tiende a un equilibrio estable mediante un aumento continuo de entropía, toda la vida del universo en la fase que conocemos de ella se manifestaría”,^{8 9} entonces, como una “crisis” del tipo que Bogdanov caracteriza como “desvaneciente”, en la que el equilibrio final difiere imperceptiblemente del inicial y cualquier cambio ocurrido se borra progresivamente. Así, incluso la “irreversibilidad universal de los procesos naturales”¹⁰ ejemplificada por las ventajas acumulativas de organización producidas por la selección natural, se encontraría finalmente, no revertida, sino extinta por el avance imparable de la desorganización final. Esa singularidad del marxismo bogdanoviano resulta de un encuentro probablemente anterior a su descubrimiento del autor de *El capital*, que tuvo en la última década del siglo XIX con el empiriocriticismo de Ernst Mach y Richard Avenarius, y con el energitismo de Wilhelm Ostwald. De esos autores, por la asociación con los cuales sería obstinadamente castigado por Lenin en *Materialismo y empiriocriticismo*, de 1909, Bogdanov tomó, por lo menos, tres ideas centrales. Una de ellas es el *monismo*, esto es, el imperativo de encontrar un marco único desde el cual pensar términos frecuentemente tratados como separados o incluso opuestos: lo físico y lo mental, lo humano y lo no humano, lo orgánico y lo inorgánico, la naturaleza y la cultura, la acción y el conocimiento. Las otras dos son la *conservación de energía* y la *selección natural* como los principios científicos capaces de ofrecer la llave para tal esfuerzo de unificación. Como Bogdanov ya afirmaba en los *Elementos básicos de la visión histórica de la naturaleza*, de 1899, aquello que absolutamente todas las cosas tienen en común es la búsqueda del gasto de energía más económico posible y la necesidad de adaptarse para mantenerse viables en su ambiente -de modo que ambos principios pueden ser combinados para decir que la adaptación más viable tenderá siempre a ser aquella que es más eficiente desde el punto de vista energético.¹¹ Pero la herejía bogdanoviana iba aún más lejos, llegando a la crítica del mismo “materialismo dialéctico”, término acuñado no por Marx, sino por el “padre del marxismo ruso”, Georgi Plekhanov. Desde los *Elementos básicos*, Bogdanov veía en Hegel un precursor limitado, y en la dialéctica, un método insuficientemente universal, puesto que el “desarrollo a través de contradicciones” es apenas uno de los casos posibles de desarrollo, y su aplicabilidad es restringida a fenómenos de la naturaleza orgánica, dejando afuera lo no vivo. Más allá de eso, al emplear el modelo lingüístico de la argumentación como metáfora para explicar todo lo que sucede, la dialéctica restringía su poder de análisis en relación a todo aquello que no encajara adecuadamente en el modelo, volviendo arbitrario y aproximado el uso de conceptos como “negación” y “síntesis”. (“Tiene sentido que la dialéctica hegeliana no pudiese tener otro modelo que la argumentación, en la medida en que sustituye procesos reales por el pensamiento.”¹²). De este modo, era capaz de ofrecer solo imágenes de baja resolución de cosas que eran mejor descritas como un equilibrio dinámico entre fuerzas o tendencias contrarias presentes en un mismo ambiente, que pasaban por momentos de crisis en la búsqueda de nuevos equilibrios. Si eso no le impedía a Bogdanov reconocer en Hegel “la verdad de su tiempo”, era porque “la cognición es la *organización* de la experiencia”,¹³ y el sistema hegeliano había sido el esfuerzo más grandioso en ese sentido hasta entonces. Pero si “[l]os procesos en la naturaleza se dan no solo por la lucha entre opuestos, sino por otros medios”, la dialéctica es, entonces, “un caso especial, y su modelo no puede volverse un método universal” -de donde se deriva la “necesidad de avanzar en dirección a un punto de vista más amplio”.¹⁴ Este punto de vista sería la *tektología* (del griego *tekton*, “constructor”), nombre tomado prestado del naturalista alemán Ernst Haeckel, que lo había utilizado, sin embargo, para hablar solo de las actividades humanas.¹⁵ A ella le correspondía el esfuerzo cognitivo de organizar la experiencia de su tiempo y constituirse, simultáneamente, como “ciencia universal de la organización”. Dicho proyecto comenzó ver la luz en 1913, tuvo su segunda parte publicada en 1917, y apareció finalmente en una versión condensada en 1921, que son los *Ensayos de tektología* que la lectora tiene ahora en sus manos. Este libro desarrolla ideas que ya estaban con Bogdanov desde hacía tiempo, comenzando por la conclusión misma, surgida por primera vez en *La percepción desde un punto de vista histórico*, de 1901, de que una ciencia universal de la organización se había vuelto necesaria en virtud de la fragmentación del conocimiento y de la sociedad producida por la división del trabajo.¹⁶ La centralidad del trabajo de organización, por su parte, ya figuraba en el *Pequeño curso de ciencia económica*,

de 1897, y en los *Elementos básicos*, de 1899, en la forma de oposición entre *organizadores* y *ejecutores*, fundamento original de la lucha de clases, cuya historia se extendería desde las sociedades primitivas hasta las modernas. También ya estaba presente la sugerencia de que la sociedad fabril contendría en sí las condiciones de superación de esa separación, en la medida en que, mientras las máquinas asumían el papel de ejecutoras especializadas, los trabajadores que las supervisaban se convertían cada vez más en organizadores con una visión del todo. Ese es, por cierto, uno de los rasgos más (y tal vez injustificadamente) optimistas del pensamiento bogdanoviano: a contramano de la asociación entre el avance de la industria y la descalificación [*deskilling*] del trabajo, o de una noción de alienación técnica como aquella desarrollada posteriormente por Gilbert Simondon, Bogdanov veía en la maquinaria moderna una liberación en germen.¹⁷ La misma anticipaba una forma de cooperación no autoritaria, que a partir de 1901 él llamaría “sintética” o “entre camaradas”, que era necesario organizar y expandir con el fin de hacer de ella la base de la sociedad del futuro. Si en el fondo la relación del pensador ruso con la ciencia de su tiempo quizás jamás haya afectado por completo su convicción en la inevitabilidad del comunismo, en todo caso la matizó con la creencia en la necesidad de aquello que el maoísmo haría conocido como “revolución cultural”, término que el autor de *Tektología* probablemente fue el primero en utilizar. Para él, la oportunidad liberadora aportada por la Revolución Industrial necesitaba, para ser activada, del desarrollo de una cultura proletaria independiente de la cultura burguesa dominante, tarea a ser iniciada por el proletariado antes de la toma del poder para combatir su contaminación por los hábitos individualistas y autoritarios de la burguesía, así como prepararse para su tarea futura de organizador de la sociedad. Dicha idea sería una de las bases para la creación del grupo Vpered [Adelante] durante las disputas con Lenin por el control del bolchevismo (1909-1912); y, después de la Revolución de 1917, del movimiento Proletkult [Cultura proletaria], que funcionó como un órgano independiente del nuevo poder soviético hasta 1921, cuando Bogdanov se vio obligado a renunciar al comité central de la organización en virtud de la renovada persecución a sus ideas -episodio que sellaría su alejamiento definitivo de la política hasta su muerte, siete años después. La tektología, como síntesis de toda la experiencia organizativa de la humanidad hasta aquel momento, era el pilar científico de ese proyecto.

EL PUNTO DE VISTA DE LA ORGANIZACIÓN

Si el contexto, las motivaciones y los objetivos de esa “ciencia universal de la organización” ya eran familiares para Bogdanov desde hacía más de una década, tal vez la primera gran novedad del trabajo de la década de 1910 sea el descubrimiento del “punto de vista de la organización”, anunciado por primera vez en el texto “El secreto de la ciencia” de 1913. Esta, “la única comprensión monista del universo”,¹⁸ es la perspectiva desde la cual la organización y sus mecanismos aparecen como la realidad más universal. *Todo es organizado*, desde lo orgánico hasta la materia viva, lo que equivale a decir que *todo organiza* -todo evento que ocurre es pensable como un acto productor de organización- y, finalmente, que todo *se organiza* -esto es, que el universo como un todo es un fenómeno autoorganizado que consiste en la constante organización, desorganización y reorganización de sus partes: “un tejido que puede desplegarse infinitamente en todos los tipos de formas y niveles de organización” que, “en su entrelazamiento y lucha mutuos, en sus cambios constantes, crean el proceso organizacional universal, infinitamente fragmentado en sus partes, pero continuo e indisoluble en su totalidad”.¹⁹ ¿Qué es, entonces, la organización? El libro ofrece dos definiciones distintas y complementarias, una indirecta, la otra explícita. Si el trabajo humano reconoce que “todo producto es un sistema organizado a partir de elementos materiales mediante la adición de elementos de energía de trabajo”,²⁰ es posible generalizar a partir de ahí que la organización consiste en la unión de elementos mediante un gasto de energía. (“Ninguna conjunción -ni biológica, ni ninguna otra, en el sentido tektológico más general- puede tener lugar sin que haya un despliegue de actividades” y, por lo tanto, de energía.²¹) Pero eso también permite decir que, del punto de vista de un sistema compuesto de esta manera, la organización corresponde a una combinación de actividades que supera las resistencias que se le oponen; es cuando la suma de las actividades de un complejo es mayor que la suma de las

resistencias que encuentra, ya sea interna o externamente, que podemos decir que el mismo es *organizado*, esto es, “prácticamente mayor que la simple suma de sus partes”.²² De lo que se puede concluir que adoptar el punto de vista de la organización es observar cualquier complejo o sistema “teniendo en consideración tanto las relaciones internas entre todas sus partes, como las relaciones externas entre el mismo, como un todo, y su ambiente, o sea, todos los sistemas externos”²³ -principio que claramente sitúa a Bogdanov como precursor de aquello que se conocería, a partir de los trabajos de Ludwig von Bertalanffy en la década de 1950, como “teoría de sistemas”. De ahí se derivan varias consecuencias. La primera es la (co)relatividad de organización y desorganización: si toda creación es una organización a partir de elementos existentes, elementos que a su vez ya se encontraban involucrados en otras configuraciones, aquello que para un sistema aparece como ganancia de organización inevitablemente aparecerá para otros como pérdida, y viceversa. Eso no impide, claro está, que la ganancia de organización de uno represente ganancia también para otro, como por ejemplo, en una situación en que dos sistemas estén en colaboración o uno sea subsistema del otro. Lo que queda claro, en todo caso, es que *el punto de vista de la organización supone un perspectivismo*. Eso se vuelve aún más evidente en aquel que es el par conceptual central de la tektología, la noción de *actividad-resistencia*. Tal como observa Bogdanov, si “dos ejércitos, dos clases luchan entre sí, entonces las actividades de cada lado son resistencias del otro -es solo una cuestión del punto de vista de quien habla”.²⁴ Reunir ambas caras en un único concepto, como hace Bogdanov, implica una gran ecualización universal de la agencia -todo lo que es, es simultáneamente activo y pasivo, sujeto y objeto- y una manera perfectamente no moral de concebirla. Si organizarse a uno mismo y al mundo implica desorganizar otras cosas, no hay acción buena o mala en sentido absoluto; como enseñó Deleuze respecto a Spinoza, en un mundo en que ninguna perspectiva es privilegiada, siempre hay relaciones que se componen, incluso cuando impliquen la descomposición de otras, y por lo tanto, nada puede ser calificado como “bueno” o “malo” sin que al mismo tiempo se especifique “para quién”.²⁵ Dicho de otro modo, y contra otro tipo de esfuerzo moralizador, no hay *poder para* que no sea inmediatamente también *poder sobre*. Tal vez el mejor término de comparación para las actividades-resistencias de Bogdanov sea, en efecto, el concepto de poder de Michel Foucault -profundamente desvirtuado cada vez que se intenta distinguir en él dos formas diferentes de poder, una buena y “desde abajo”, la otra mala y “desde arriba”, cuando la cuestión es justamente que se trata siempre de una misma cosa. Si la resistencia viene antes del poder, como muchas veces dice Foucault, no es porque la primera sea algo distinto del último, sino justamente porque toda resistencia es siempre ya actividad, esto es, poder -“un conjunto de acciones sobre acciones posibles”.²⁶ Resistir es siempre ya actuar sobre algo e, inversamente, recibir una acción es siempre ya resistir a ella de alguna manera, aunque solo sea “pasivamente”. No son solo la organización y la desorganización, las actividades y las resistencias, las que son realidades relativas y términos correlacionados; lo mismo vale para el par organización/autoorganización. En efecto, la diferencia entre las dos depende únicamente de la escala de análisis adoptada: el mismo proceso que, en la escala de los elementos, es descriptible como la acción de unos sistemas sobre otros, puede ser visto desde una escala superior como un único sistema autoorganizándose. (Es así que tanto la discontinuidad como la “lucha mutua” pueden ser percibidas como partes de un solo “proceso organizacional universal” continuo.) Eso deriva de otras tres consecuencias del punto de vista de la organización, que son la *jerarquía*, la *casi descomponibilidad* y la *relatividad escalar*. Por la primera, entendida aquí en el sentido ecológico del término²⁷, debemos entender el hecho de que los sistemas complejos están compuestos por elementos que son ellos mismos sistemas complejos, formando una estructura con múltiples capas de sistemas dentro de sistemas en diferentes niveles de integración. Por la segunda, nos referimos a la propiedad de estructuras de ese tipo por la cual la tasa de interacción entre componentes en el interior de un mismo nivel jerárquico es muy superior a la interacción entre componentes que están en niveles jerárquicos distintos. Eso es lo que permite aislar uno o más niveles de análisis de los demás, tratando las interacciones de frecuencia más baja (que ocurren en niveles jerárquicos más altos) como constantes, y las interacciones de frecuencia más alta (que ocurren en niveles jerárquicos inferiores a la escala de observación adoptada) como demasiado breves para ser relevantes.²⁸ De donde se sigue que, conforme la tercera consecuencia, términos como “sistema”, “subsistema” y “elemento” no posean referentes determinados en sentido absoluto, sino que más bien dependan del recorte de la estructura jerárquica hecho por un observador.²⁹

Si la organización de un sistema es una función de la relación entre sus actividades y las resistencias que encuentra en su ambiente (o, dicho de otro modo “[d]e las actividades-resistencias relativas [de este] complejo y su ambiente”³⁰); y

si el ambiente “está conectado con el flujo mundial de eventos y, en un análisis estricto, se despliega, en última instancia, en todo el universo”, por consiguiente “inevitablemente, se modifica”³¹; debemos concluir que es necesario considerar todo sistema no como una entidad acabada, sino como un *proceso* -el proceso, precisamente, por el cual este se mantiene como el complejo que es a pesar de la desorganización con la cual su entorno lo amenaza. En efecto, “actividad” se refiere, antes que nada, a aquello que Spinoza llamó *conatus*, esto es, el esfuerzo de cada sistema para mantenerse en existencia (de ahí, también, que toda actividad sea automáticamente resistencia).

Más allá de la selección natural y de la conservación de energía, otro principio científico que Bogdanov pretende generalizar es la llamada “Ley del equilibrio” de Henry Louis Le Chatelier, según la cual “sistemas que están en estado de equilibrio tienden a preservarlo, produciendo oposición interna a las fuerzas que lo alteran”.³² Y dado que las perturbaciones son continuas y heterogéneas, como así también el esfuerzo para compensarlas, la preservación de un complejo o forma solo puede ser entendida como un equilibrio *dinámico* por el cual cambios emergentes son equilibrados por otros cambios en la dirección contraria. Se sigue de ahí que el equilibrio nunca puede ser tomado como “absolutamente preciso”: si “no puede haber igualdad completa e incondicional de cambios opuestos”, el equilibrio “es siempre solo aproximado, práctico”.³³ Decimos que una cosa se preserva si la diferencia entre pérdida y ganancia de organización es lo bastante pequeña como para que pueda considerarse que permanece suficientemente igual a sí misma dentro de la escala de tiempo y detalle en la que es observada.

Un corolario de ese abordaje dinámico y procesual es que “no hay una organización ideal y completa en la naturaleza: está siempre mezclada, de una forma o de otra, con la desorganización”.³⁴ Por otro lado, tampoco la desorganización absoluta puede existir: ¿en qué sentido podría decirse que un ente absolutamente desorganizado es un ente, si le faltaran las conexiones internas y externas que le permitirían actuar y resistir en su mundo? En verdad, la perspectividad constitutiva del concepto de actividad-resistencia, por el cual toda organización en un punto supone desorganización en algún otro, implica que organización y desorganización, “ingresión” y “desingresión”, “asimilación” y “desasimilación”, conexión y desconexión, continuidad y discontinuidad, se limitan mutuamente. “Una ruptura total de conexiones y una separación absoluta de complejos no existe ni puede darse en nuestra experiencia, que es unificada por la ingresión universal”, esto es, por el hecho de que todas las cosas están continuamente conectadas, aunque cada cosa no esté conectada con todas las otras. Lo que varía son los “grados de separación” entre ellas, de donde se deriva otro motivo por el cual la realidad es, por así decir, *objetivamente* relativa a la acción del observador: “[p]ara resolver un problema, puede ser necesario tener en cuenta la separación en algunos casos y, en otros, las conexiones”.³⁵ Finalmente, aquello que del punto de vista de la totalidad o de la relación entre sistemas se presenta como cualidades que se limitan mutuamente implica, del punto de vista de un sistema tomado aisladamente, cualidades que se presentan como *trade-offs* (“contradicciones tektológicas”): complejidad e inestabilidad, diversidad y coherencia, plasticidad y robustez, difusión y compactación, diferenciación y contradiferenciación.

BOGDANOV Y NOSOTROS

La imagen del universo, y por extensión de nuestro planeta, como proceso autoorganizado en que todo está conectado; el énfasis en la fuerza entrópica de la desorganización y en la tensión constante entre las actividades-resistencias de la humanidad y de su ambiente; la certeza de la imposibilidad de un equilibrio final en cualquier relación con el medio; la comprensión de que el imperativo de la viabilidad y de la adaptación se aplica también a la humanidad, lo que la pone en situación potencialmente precaria en un mundo que se transforma rápidamente; todo eso parece hacer de Bogdanov un contemporáneo para aquellos que habitamos el Antropoceno. Aún más: en un momento en que muchos afirman que la crisis ecológica nos obliga a pensar más allá del excepcionalismo antropocéntrico, el monismo del pensador ruso (que lo impulsa en la búsqueda de un conjunto único de principios a partir de los cuales pensar lo físico y lo psíquico, lo humano y lo no humano, lo natural y lo artificial, lo vivo y lo no vivo) y el punto de vista de la organización que resulta de ahí (con el

perspectivismo y la gran nivelación que promueve el concepto de actividad-resistencia) indican que, para Bogdanov, la idea de extender la agencia más allá de los límites de lo humano no representaría una novedad significativa. Finalmente, como señaló McKenzie Wark, Bogdanov demostraba una conciencia, visionaria para su tiempo, de la vida como “parte de un sistema autorregulado, aunque no necesariamente siempre capaz de encontrar un equilibrio”, y del trabajo colectivo de la humanidad como algo que “transforma la naturaleza al nivel de la totalidad [planetaria]”.³⁶

¿Qué hacer, sin embargo, con su afirmación de que la tarea humana es “dominar la naturaleza”,³⁷ o de su visión del “colectivo humano” como “centro organizador para el resto de la naturaleza”, que la “‘subordina’ y ‘gobierna’ (...) en la medida de sus energías y experiencia”?³⁸ Es preciso atender, antes que nada, a la observación de Bogdanov de que expresiones como “conquista”, “subordinación” y “gobierno” son metáforas a través de las cuales formas de organización social autoritarias nombraron inadecuadamente el fenómeno tektológico de la “egresión”, por el cual un complejo en el interior de un sistema más amplio pasa a ejercer una influencia preponderante sobre los demás elementos de ese sistema.³⁹ Vista sin los fetiches de momentos históricos anteriores, la noción de la humanidad como “egresión universal” -universal en el sentido de que tiende a la expansión, aunque siempre efectivamente limitada en su alcance- no excluiría ni la agencia de lo no humano, ni la posibilidad de otro tipo de relación que no sea la simple dominación entre el humano y su medio; sino que nombraría simplemente el hecho de que la humanidad se ha revelado, en la porción de espacio-tiempo que le tocó ocupar en el interior de la “gran organizadora universal, la naturaleza”,⁴⁰ como el complejo con mayor poder organizador sobre lo que la rodeaba. En vez de un destino teleológico o eminencia metafísica, en otras palabras, tendríamos tan solo la constatación de una realidad.

Sucede, sin embargo, que esa realidad demostró tener un revés trágico: el concepto de Antropoceno marca, justamente, el descubrimiento de que ese poder organizador era, al mismo tiempo, una potencia desorganizadora en escala geológica. Ese dato, sin embargo, si no fue efectivamente anticipado por Bogdanov como tal, tampoco ocupa un punto totalmente ciego en su pensamiento. Para ver cómo es posible pensarlo a partir de la “ciencia universal de la organización”, basta recordar la perspectividad del concepto de actividad-resistencia, el hecho de que la organización supone siempre un gasto de energía, y la observación de que la metáfora de la “lucha” contra la naturaleza expresa una “correlación desorganizadora”.⁴¹

Cuando escribe eso, Bogdanov está claramente considerando la relación solo desde uno de los puntos de vista involucrados: la naturaleza “desorganiza” la humanidad, esto es, resiste a los esfuerzos de esta última por transformarla según sus fines. Como vimos arriba, sin embargo, la ganancia de organización en alguna parte siempre implica una pérdida de organización en otra, y eso por dos motivos: porque elementos y conexiones que antes pertenecían a un complejo terminan siendo consumidos, transformados o integrados a otro; y porque, en las actividades necesarias para ese consumo, transformación o integración, hay una parte de la energía empleada que se pierde permanentemente bajo la forma de calor. Las “islas locales y temporales de entropía decreciente” de Wiener se alimentan de la organización existente en otras partes, y como tal contribuyen activamente al crecimiento de la entropía no solo en estas, sino en general.⁴²

Dicho de otro modo, la organización es un fenómeno local que implica siempre *transferencia de desorganización y entropía* para algún otro lugar. (Basta mirar la vida privada de un organizador comunitario o sindical para comprobar eso.) Partiendo de ese principio, la tektología está en perfectas condiciones de darnos una explicación sobre cómo y por qué la actividad organizadora de la “egresión universal” puede mostrarse como una fuerza desorganizadora en escala tanto local como global. Basta pensar que, a medida que esa actividad crece en poder y alcance, la naturaleza pasa a responder no solo con la resistencia pasiva (local) de sus configuraciones y de la entropía (general) que aumenta como consecuencia de la actividad necesaria para deshacerlos, sino también con la actividad de una serie de nuevas configuraciones y relaciones no lineales (globales) desencadenadas por el avance de la acción humana.

En otras palabras, la acción organizadora de la humanidad, en el mismo proceso en que se demuestra desorganizadora de la naturaleza, se manifiesta también como su reorganizadora, y es la actividad resultante de esa reorganización que eventualmente se le presenta a la humanidad como resistencia, esto es, fuerza de desorganización. Si es la exportación de entropía la que “permite a algunos de nosotros afirmar la existencia del progreso”, la crisis ecológica señala la constatación de que existe un límite para la posibilidad de continuar exportando entropía en el interior de un

sistema cerrado sin amenazar el equilibrio de este a tal punto que la propia continuidad del progreso así construido se vea amenazada.⁴³

Es preciso notar, sin embargo, que esa explicación es, al mismo tiempo, la interdicción de cualquier lectura moralizante del Antropoceno y de la expansión de la agencia más allá de lo humano. Existir es organizar(se), y organizar inevitablemente supone costos; esto vale para nosotros tanto como para cualquier otro ser, y decir “bueno” o “malo”, “ganancia” o “costo”, supone siempre decir también “para quién”. Lo que hizo del humano una fuerza desorganizadora a escala global no es ninguna falla moral característica de la especie, que la volvería constitutivamente ajena a una predisposición a la armonía que sería espontánea en todas las demás; sino la combinación de un sistema de producción y distribución de riqueza que demanda expansión constante y un enorme desajuste entre el crecimiento de la capacidad de producir efectos y de la capacidad de calcular sus costos. Reconocer lo no humano puede darnos otra perspectiva desde donde hacer ese cálculo, pero no puede eliminar el hecho de que la acción tiene costos. Sin duda, es preciso reducirlos drásticamente y repensar de arriba hacia abajo las prioridades según las cuales son asumidos, así como los criterios de su distribución. Pero la fantasía de un *poder para* que no sea inmediatamente también *poder sobre*, o de una organización que no implique costos, no ayuda en nada al verdadero desafío, que consiste en encontrar un equilibrio dinámico con el medio en el cual el máximo florecimiento de la vida, humana y no humana, sea posible. Como escribe Wark, “la gran tarea” de organización sigue siendo la de “encontrar y fundar una totalidad en el interior de la cual cultivar el exceso [surplus] de la vida”.⁴⁴

¿Gran tarea de quién, sin embargo? Un punto en el que Bogdanov permanece fiel a un cierto humanismo que precede y atraviesa al marxismo es la facilidad con que se refiere a la humanidad como sujeto colectivo. Es verdad que ese sujeto es escindido prácticamente desde el inicio por la división entre organizadores y ejecutores, que se expresa a partir de la modernidad en la oposición entre burguesía y proletariado. Pero en ningún momento parece estar en duda la unilinealidad de una historia en que, aunque momentáneamente apartados de ese esquema, todos los colectivos humanos tienden finalmente a incorporarse a él y, después de la eliminación de aquella escisión original, a reunirse en una sola comunidad de organizadores de su mundo. No obstante, es posible encontrar en Bogdanov principios útiles para pensar la coexistencia sincrónica de colectivos humanos diversos, otra cuestión que el Antropoceno tiende a sacar a la luz con toda fuerza.⁴⁵

Su insistencia en que “la cognición es una adaptación” cuya “‘verdad’ equivale a su aptitud para gobernar la práctica”,⁴⁶ y que “[el] colectivo es siempre el sujeto de la práctica”,⁴⁷ por consiguiente también de la cognición, equivale a una atribución de verdad a todo conocimiento asentado en la práctica de cualquier grupo en su encuentro con todo aquello que resiste a su trabajo, esto es, la “naturaleza”.⁴⁸ Naciendo de la fricción entre la actividad colectiva, bajo sus condiciones específicas de organización, y las actividades de las cosas que pueblan el ambiente, la verdad es siempre simultáneamente objetiva (porque está limitada por las regularidades que revela la práctica) y relativa (porque está condicionada por las relaciones de producción y por las contingencias propias de los encuentros; por ejemplo, la mayor o menor diversidad natural disponible en el campo de acción de una colectividad). Una vez que ese encuentro se realiza de forma continua en el tiempo, y sus condiciones tanto sociales como naturales son mutables, la verdad nunca llega a alcanzar un estadio definitivo, lo que equivaldría a un estado de equilibrio estático: “No puede haber verdad filosófica [o científica] absoluta y eterna”.⁴⁹ Esa otra dimensión del perspectivismo bogdanoviano puede ser muy útil frente a una cuestión como la crisis ambiental, que implica y exige conciliar una ecología compleja de saberes y prácticas, en la medida en que instituye un pluralismo que no abandona por completo la noción de objetividad.

Más aún, ella nos ayuda a no perder de vista cuál es el sentido de incorporar una pluralidad de perspectivas. Si la verdad nunca deja de ser relativa, es posible, sin embargo, aumentar su grado de generalidad ampliando la cantidad de resultados y métodos acumulados en diferentes campos de experiencia que ella es capaz de integrar y organizar.⁵⁰ Lo relativo se vuelve menos relativo -esto es, relativo a más cosas- en el proceso de intentar elaborar el sistema de su propia relatividad. La suposición de una unilinealidad histórica y la confianza en la emergencia de una clase destinada a asumir para sí todas las tareas de la humanidad conducen a Bogdanov a creer que el proyecto de “unificar la experiencia de todas las personas de generaciones pasadas y presentes en un sistema riguroso y coherente de comprensión del mundo”⁵¹ podría converger en una sola ciencia. La conciencia de los altísimos precios y enormes puntos ciegos del proceso de

unificación económica, técnica y cultural forzada y propiciada por la expansión colonial nos da razones para ser mucho más escépticos en relación a las motivaciones, viabilidad y deseabilidad de cualquier pretensión unificante. Lo que leer a Bogdanov hoy nos recuerda, sin embargo, es que tal escepticismo debe ser empleado farmacológicamente, como principio prudencial y herramienta de control de los resultados de nuestros esfuerzos de sistematización, y no como motivo para abdicar de tales esfuerzos de una vez por todas.

La “policrisis” contemporánea, con la crisis ecológica al frente, nos pone delante de “tareas organizacionales de alcance y complejidad sin paralelo” cuya resolución no puede ser “aleatoria o espontánea”.⁵² La respuesta no es menos coordinación, sino más; y para eso se precisan no menos, sino más y mejores intentos de modelado global, más diversos y autorreflexivos, desde perspectivas distintas y en diferentes escalas de definición. La democracia es, para Bogdanov, un imperativo cognitivo y práctico antes que una cuestión ética o de reconocimiento: la “cooperación sintética” o “entre camaradas” es capaz de logros mayores porque un modelador colectivo complejo es, en principio, capaz de modelos más complejos. Podemos ser más moderados que él en nuestro optimismo sin abandonar por completo ese insight.

LA IZQUIERDA AGUSTINIANA

Hace poco más de una década, el historiador de arte británico T. J. Clark causó algo de controversia con un texto que convocaba a construir una “izquierda sin futuro”, que no esperase que nada “transfigurador” pudiese pasar, sino que adoptara para sí un pesimismo sobre la naturaleza humana que, durante el Iluminismo, había sido prerrogativa de la derecha:

No habrá futuro, estoy diciendo finalmente, sin guerra, pobreza, pánico malthusiano, tiranía, crueldad, clases, tiempo muerto y todos los males de los que la carne es heredera, porque *no habrá futuro*; apenas un presente en el que la izquierda (...) lucha para reunir el “material para una sociedad” que Nietzsche consideraba desaparecida de la tierra.⁵³

Como vimos hasta aquí, Bogdanov ocupa una posición diagonal en relación a la lista de datos ineliminables compilada por Clark. Por un lado, Bogdanov creía realmente en la posibilidad del fin de las clases, de la pobreza y de la tiranía; por otro, no creía que eso significara el fin de los riesgos, del esfuerzo, de la resistencia impuesta por el medio, o incluso, como demuestra *Estrella roja*, de la lucha contra la escasez de recursos o el peligro de la sobrepoblación y, eventualmente, de la guerra (aunque interplanetaria). La diferencia está, en primer lugar, en dónde está situado el origen de los males: para el crítico británico, en una naturaleza humana con una tendencia innata al mal radical; para el autor ruso, en el juego de actividades-resistencias, en el costo material y energético de cada cosa, en el trabajo externo e interno de la desorganización. De eso resulta una diferencia de orientación. La izquierda de Clark debe funcionar como *katechon*, y su radicalidad reside en su reconocimiento de la presencia constante del mal radical y en su capacidad de contener sus peores efectos. La de Bogdanov, por su parte, no renuncia en absoluto a sus ambiciones, pero las encara sin la ilusión de un punto final de equilibrio; su trabajo nunca acaba, no porque lo peor esté siempre cerca, sino porque la desorganización está siempre presente, nada viene sin costos, y la entropía y los peligros de recaída carcomen cualquier lucha que busque dar lugar al máximo de abundancia y libertad posibles para quien participa de ella.

Una izquierda maniqueísta, la otra agustiniana. ¿Cuál de las dos merece más el título de trágica, reivindicado por Clark? La tragedia de la primera es meramente humana, la de sujetos que vemos “pereciendo, devorándose unos a otros y destruyéndose a sí mismos, a menudo con dolor terrible, como si no hubiesen venido a la vida para otro fin”.⁵⁴ La de la segunda es cósmica: la de complejos o sistemas sometidos a los mismos mecanismos y leyes en un universo en que la desorganización está siempre presente, la entropía crece, hay límites innegociables, la acción y la inacción tienen costos y efectos irreversibles. Aunque se vanaglorie de un tono desengañado y “maduro”⁵⁵ [grown up] como rasgo distintivo, la primera aún tiene en común con una gran parte del pensamiento político de izquierda el hecho de ocupar la perspectiva

de un tipo de protagonista específico, un héroe de grandes gestos, el activista que arriesga la propia vida en el momento en que la crisis se desborda hacia el conflicto o el estadista que pondera decisiones graves y difíciles. La diferencia es apenas que, aquí, el gesto es catecónico en lugar de prometeico o transfigurador. Bogdanov nos coloca en el punto de vista de un personaje más raro, el organizador. Un héroe de gestos menos excepcionales, tanto en tamaño como en frecuencia, cuyo *pathos* no es el de quien está siempre se enfrente a la hora de la decisión, ni de quien aún fantasea con un equilibrio final, sino más bien la irresignación resignada de quien entiende que hacer y mantener algo siempre tiene su costo, que las cosas demandan esfuerzo continuo, que dado suficiente tiempo y no suficiente trabajo, todo se deshace; que no solo “el simple esfuerzo en dirección a la cima ya basta para llenar el corazón”,⁵⁶ sino que hay mucho para celebrar a lo largo del camino; que sabe que la verdadera tragedia humana es la conciencia de la contingencia, de la contrafinalidad, de la inevitabilidad de los *trade-offs* y las elecciones, y de su irreversibilidad, pero que eso no le da a nadie una excusa para la insensibilidad frente al sufrimiento; y que no lucha por la certeza de la victoria, sino porque no luchar -esto es, no preocuparse por existir- sería imposible.

NOTAS

1. Rodrigo Guimarães Nunes es un profesor de teoría política y organización en la Universidad de Essex (Reino Unido) y profesor colaborador del Departamento de Filosofía de la Universidad Católica Pontificia de Río de Janeiro (PUC-Rio). Es autor de diversos artículos en revistas nacionales e internacionales, así como de los libros *Organisation of the Organisationless: Collective Action after Networks* (Mute, 2014), *Neither Vertical Nor Horizontal: A theory of Political Organisation* (Verso, 2021; ed. brasileña Ubu, 2023) y *Do Transe à Vertigem: Ensaio sobre Bolsonarismo e um Mundo em Transição* (Ubu, 2022).
2. Wiener, N. *The Human Use of Human Beings. Cybernetics and Society*. Boston: Da Capo Press, 1988, p. 35. [Ed. cast.: *Cibemética y sociedad*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1988.]
3. *Ibid.*, p. 36.
4. *Ibid.*
5. *Ibid.*
6. *Ibid.*, p. 46.
7. *Ibid.*, p. 11.
8. Bogdanov, A. *Essays in Tektology: The General Science of Organization*. California: Intersystems Publications, 1984, p. 249. (Siempre que se cite un fragmento que estará en el volumen II de esta traducción, usaremos la edición norteamericana como referencia [N.E.]).
9. Es verdad que, en otro pasaje, Bogdanov demuestra algún escepticismo en relación a la hipótesis de muerte térmica del universo: según él, mientras la ciencia no conociese suficientemente bien “cómo se crearon las diferencias que están siendo niveladas ahora (...) y las bases de la diferenciación del universo en sí mismo”, sería arbitrario proyectar un punto futuro de “máxima contradiferenciación”. *Ibid.*, p. 151.
10. *Ibid.*, p. 227.
11. Bogdanov alerta, sin embargo, que la mejor economía no es necesariamente la ausencia de gasto: “La victoria sobre la naturaleza se obtiene no solo por la preservación mezquina de energía, sino por su uso más pleno y productivo”. Tal afirmación, aunque no es necesariamente falsa, necesita ser matizada ante la realidad de la crisis ambiental. Bogdanov, A. *Philosophy of Living Experience. Popular Outlines*. Chicago: Haymarket, 2016, p. 147.
12. *Ibid.*, p. 174
13. *Ibid.*
14. *Ibid.*, p. 200.
15. White, J. *Red Hamlet: The Life and Ideas of Alexander Bogdanov*. Chicago: Haymarket, 2018, p. 290.
16. *Ibid.*, p. 287.

17. Una crítica de ese optimismo, escrita por Stanislav Volsky, ya aparecería en 1911 en el segundo número del periódico publicado por el grupo Vpered, del cual Bogdanov era la figura principal. Ver: *Ibid.*, p. 282. Naturalmente, siempre es posible sugerir que, en ese punto, Bogdanov estaría, contra una interpretación bastante común del pensador alemán, más cerca de la verdadera opinión de Marx. Ver: Adler, P. S. "Marx, Machines, and Skill", *Technology and Culture*, 31 [4] (1990): pp. 780-812.
18. Bogdanov, A. *Ensaio de Tectologia: a ciência geral da organização: vol 1*. Rio de Janeiro: Editora Machado, 2024. p. 55.
19. *Ibid.*, p. 51.
20. *Ibid.*, p. 58.
21. Bogdanov, A. *Essays in Tektology: the General Science of Organisation*, p. 149.
22. Bogdanov, A. *Ensaio de Tectologia: a ciência geral da organização: vol 1*, p. 102. Si las resistencias superan las actividades, diremos que se trata de un sistema *desorganizado* y, en caso de que nada suceda para cambiar sus condiciones, en vías de disolución. Ya en aquellos casos en que actividades y resistencias se cancelan mutuamente (la suma de sus sumas es igual a cero), decimos que son complejos *neutros* -pero dichos casos son más bien abstracciones o instantáneas breves de un proceso dinámico en el que actividades y resistencias están siempre aumentando o disminuyendo.
23. Bogdanov, A. *Ensaio de Tectologia: a ciência geral da organização: vol 1*, p. 116.
24. *Ibid.*, p. 103.
25. Ver Deleuze, G. *Spinoza. Philosophie Pratique*. Paris: Minuit, 1981, p. 147 et seq [Ed. cast.: *Spinoza: filosofía práctica*. Buenos Aires: Tusquets editores, 2001]. Spinoza, como demuestra el célebre pasaje sobre la linfa y el quilo de la correspondencia con Oldenburg, es un pionero tanto del perspectivismo como de la concepción jerárquica de la realidad supuesta por el punto de vista de la organización, tal como veremos a continuación. Ver Spinoza, B. "Letter 32", *Complete Works*. Indiana: Hackett, 2002, pp. 848-851 [Ed. cast.: *Epistolario*. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 2007].
26. Foucault, M. "Le Sujet et le Pouvoir", *Dits et Écrits*, vol. II. Paris, Gallimard, 2001, p. 1056 [Ed. cast.: *El sujeto y el poder*. Revista Mexicana de Sociología, Vol. 50, No. 3, 1988, pp. 3-20].
27. Ver, por ejemplo, Allen, T. F. H. y Starr, T. B. *Hierarchy: Perspectives for Ecological Complexity* Chicago: Chicago University Press, segunda edición, 2017.
28. Simon, H. A. "The Organization of Complex Systems", Pattee, H. H. (ed.) *Hierarchy Theory: The Challenge of Complex Systems*, Nueva York: George Braziller, 1973, pp. 1-27.
29. Bogdanov, A. *Ensaio de Tectologia: a ciência geral da organização: vol 1*, p. 103. "El mismo concepto de 'elementos', para la ciencia organizacional, es completamente relativo y condicional: son simplemente aquellas partes en las cuales, de acuerdo con la tarea de investigación, fue necesario descomponer su objeto; ellas pueden ser arbitrariamente grandes o pequeñas, pueden ser divisibles o no dividirse -ninguna estructura de análisis puede ser colocada aquí."
30. *Ibid.*, p. 179.
31. *Ibid.*, p. 159.
32. *Ibid.*, p. 119.
33. *Ibid.*, p. 157.
34. *Ibid.*, p. 104.
35. Bogdanov, A. *Essays in Tektology: the General Science of Organisation*, p. 127.
36. Wark, M. *Molecular Red: Theory for the Anthropocene*. Londres y Nueva York: Verso, 2015, pp. 54, 12. El trabajo de Wark tuvo un papel importante en el redescubrimiento reciente del pensador ruso.
37. Bogdanov, A. *Ensaio de Tectologia: a ciência geral da organização: vol 1*, p. 45.
38. Bogdanov, A. *Essays in Tektology: the General Science of Organisation*, p. 184.
39. *Ibid.*
40. Bogdanov, A. *Ensaio de Tectologia: a ciência geral da organização: vol 1*, p. 133.
41. Bogdanov, A. *Essays in Tektology: the General Science of Organisation*, p. 184.
42. Eso equivale al insight de Nicholas Georgescu-Roegen sobre el proceso económico como transformación de "baja entropía" en "alta entropía". Dicha convergencia no es ninguna sorpresa: como Bogdanov, Georgescu-Roegen fue bastante influenciado por Mach. Ver Georgescu-Roegen, N. *The*

Entropy Law and the Economic Process. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1971.

43. Cerrado, esto es, en el sentido técnico del término: que intercambia energía, pero no materia con su medio.
44. Wark, M. *Molecular Red*, p. 11.
45. Aunque él personalmente tenga comentarios un tanto desafortunados para hacer sobre esa diversidad sincrónica; ver Bogdanov, A. *The Philosophy of Living Experience*, pp. 24-25.
46. *Ibid.*, p. 158.
47. *Ibid.*, "From Religious to Scientific Monism", p. 249.
48. "Naturaleza es el modo en que las personas le llaman al campo infinitamente desplegado de su experiencia de trabajo." *Ibid.*, p. 42. Obviamente, se trata de una proyección retrospectiva que deja de lado todos los colectivos que no tenían un concepto para designar esa totalidad o que la designaban con conceptos diversos.
49. *Ibid.*, p. 13.
50. Para Bogdanov, como para Lévi-Strauss, el impulso en esa dirección es una demanda interna del mismo pensamiento, al cual él le da una explicación en términos organizacionales: "Toda organización es organizada en la medida en que es integrada y holística. Esa es una condición necesaria para la viabilidad. Lo mismo vale para la cognición, una vez que reconozcamos que ella representa la organización de la experiencia. Por lo tanto, la organización siempre tiende a la unidad, al monismo." *Ibid.*, p. 236.
51. *Ibid.*, p. 10.
52. *Ibid.*, p. 243. Cursiva no original.
53. Clark, T. J. "For a Left with No Future", *New Left Review*, 74 (2012), p. 75. [Ed. cast.: "Para una izquierda sin futuro", *New Left Review*, 74 (2012)]. Para una respuesta aguda, ver Toscano, A. "Politics in a Tragic Key", *Radical Philosophy*, 180 (2013), pp. 25-34.
54. Bradley, A. C. *Shakespearean Tragedy: Essays on Hamlet, Othello, King Lear, Macbeth*. Londres: MacMillan & Co., 1912, p. 23.
55. Clark, T. J. "For a Left with No Future", p. 59.
56. Camus, A. *Le Mythe de Sysyphe*. Gallimard: 1942, p. 168. [Ed. cast.: Camus, A. *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza Editorial, 1995].